

PINOCHO

AÑO. V
NUM. 243

25 cts

27 OCTUBRE
1929



-¿A QUE NO SABES COMO SE LLAMA EL MAR CUANDO LLEGA A LA ORILLA?
-¡MAR.....GEN!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y S. M. BARBIERI

(Continuación)

enfadosas. El que se llamaba mi amigo ha alzado el vuelo, llevándose mi

cartera y hasta mi ropa...

»—¿Y la cartera contenía...?

»—Dinero. Una suma bastante considerable, cerca de mil doscientas libras esterlinas, y papeles personales: entre otros, mi contraseña de periodista.

»—¡Ah, es usted periodista!—exclamó vivamente el comisario sacando del bolsillo una libreta y un lápiz—. Y ¿el nombre de usted?

»—Ralph Hodgsonfield.

»—¿Ralph...? —articuló con voz ahogada, asiéndome de un brazo mientras los agentes y los cipayos se aproximaban a nosotros, movidos por la curiosidad.

»—¡Ralph Hodgsonfield!—repetí más fuerte, pasmado de que mi nombre despertara tanta emoción y tanto interés.

»—¿Corresponsal de la *British Life*?

»—Corresponsal de la *British Life*.

»—En tal caso, hay un mandato de prisión contra usted, señor Hodgsonfield. Lo lamento, pero debo cumplir mi deber. Dése usted preso.

»Aquel golpe de efecto me dejó atontado, sencillamente. Todavía tuve bastante presencia de ánimo para argüir:

»—Es una plancha, una plancha colosal la que va usted a hacer, señor Comisario. Pero, en fin, usted cumple su deber y yo el mío; estoy a su disposición.

»Por miramiento a mis condiciones de salud se me transportó en palanquín a la comisaría. Allí fui nueva y reiteradamente interrogado por diversos funcionarios quienes se limitaron a

confirmar que yo era realmente Ralph Hodgsonfield, el corresponsal en el extranjero de la *British Life*. En cuanto al motivo de mi detención, no me fué posible averiguar nada, porque a mis frecuentes demandas no obtuve otra contestación que ésta: que la instrucción del proceso tendría lugar en Calcuta, y que aquel Tribunal superior sería el que me interrogara acerca de todo. ¡Y ese *todo* era cuestión de millones!

»Pero vamos por partes. Al día siguiente de mi detención me trasladaron a Calcuta. Y mi viaje fué el de un señorón de campanillas, o al menos el de un prisionero ilustre: vagón especial, numerosa guardia de... deshonor y todas las autoridades... judiciales recibíendome en la estación a la llegada. En el Palacio de Justicia me asignaron una habitación bien iluminada, aireada y decorada que no hubiera tenido nada que envidiar a la del parador de Delhi, si no fuera por las sólidas rejas de las ventanas y los dos cipayos que montaban la guardia en el umbral de mi puerta.

»La instrucción fué curiosísima. Comenzó por la pregunta de ritual.

»—¿Es usted Ralph Hodgsonfield, natural de Dover, de treinta y cuatro años y periodista, al servicio del diario *La Vida Inglesa*?

»—Sí—¡Por Dios vivo que debía de estar bien seguro de ello!

»Llegó entonces, a quemarropa, la pregunta que yo aguardaba, la que había de enterarme de las causas de aquella desagradabilísima aventura:

»—¿Quiere usted decirme—inquirió el juez instructor—cómo empleó la tarde del 12 de octubre y la noche del 12 al 13?

»—¿El 12 de octubre? No sé, no recuerdo. Durmiendo o desvariando probablemente, por-

que el 12 de octubre me hallaba en cama, enfermo de calenturas, en Delhi, en la Fonda...

»—Esa es la coartada que usted ha preparado...

»—¡Qué preparado ni qué coartada! Esa es la verdad y la verdad basta para probar mi inocencia.

»—Eso ya se verá. Por ahora, contráigase a responder a mis preguntas. ¿Cómo explica usted entonces que estando malo en Delhi la noche del 12 al 13 de octubre, el mismo 12 durante el día se le haya visto por las calles de Calcuta? ¿Y cómo ha podido usted visitar la Exposición de ofrendas en la Residencia del Virrey e interesarse con tan amorosa solicitud por el *Zenit*, precisamente la noche siguiente?

»Ya empezaba a comprender algo. Kōwaes, aquel endemoniado Kōwaes, debía de haber hecho alguna de las suyas, y de las más gordas por las señas, valiéndose de mi nombre, de mi tarjeta de periodista, de la autoridad de mi diario, suplantándome, en suma. ¡En qué andanzas me había metido, en qué estafa, en qué robo y quién sabe si en algún asesinato!

»Cierto es que el equívoco quedaría instantáneamente desvanecido no bien mis testigos hubieran afirmado y probado que desde una semana antes yo había guardado cama en Delhi; por lo que decidí seguir callando el nombre de Kōwaes y constreñirme a repetir los pormenores del hurto de que había sido víctima mostrándome ignorante, como en efecto lo estaba por completo, del delito de que era acusado.

»Después de aquel primer interrogatorio, se me concedió una entrevista con el abogado que el Tribunal me había designado de oficio para mi defensa. Con él, un tal Causevert, joven inteligente, culto y simpático, que me inspiró en seguida confianza, creí oportuno decirle todo; y, garantizado por la reserva que le impone el secreto profesional, le conté el motivo de mi expedición a Delhi y le revelé la verdadera personalidad de mi perseguidor y mi ratero. La extraordinaria complicación y el nombre de Kōwaes le interesaron vivamente, y acabó por

confesarme que el tener que habérselas con el celeberrimo ladrón producíale vivísima alegría aunque le atemorizase un poco por otra parte.

»—Ya lo comprenderá usted; ¡un tuno tan redomado! ¡Ah! pero le ha hecho a usted una jugarreta magnífica. Magnífica, digo, no tanto por lo que le hizo primero antes de abandonar Delhi, como por el buen servicio que le ha prestado después. ¡La verdad es que todo esto es digno de Segismundo Kōwaes!

»—Pero, mi querido abogado ¿me dirá usted por fin qué ha hecho ese malhadado competidor mío, para traerme a este lugar deshonoroso a responder de una acusación que desconozco todavía?

»—Naturalmente, le acusan a usted de un robo colosal...

»—¿El *Zenit*?

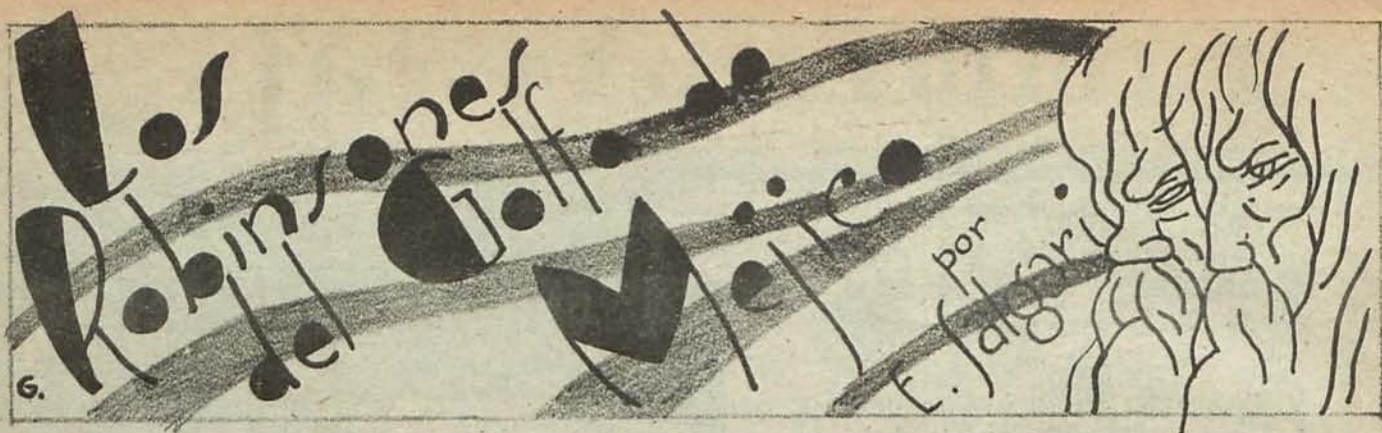
»—El *Zenit*. Pero escúcheme bien. Kōwaes vino, pues, a Calcuta; y por medio de las contraseñas de usted pudo hacerse pasar por Ralph Hodgsonfield, corresponsal de *La Vida Inglesa*, y, como tal, se ha mezclado con los demás periodistas locales y forasteros, ha asistido a todas las ceremonias, a las revistas, los desfiles, las recepciones, y ha sido admitido como es natural con todos los demás en el salón del Trono de la Residencia del Virrey, donde estaban expuestos los presentes ofrecidos al Príncipe por todos los Rajahs vasallos del Imperio. A lo largo de los muros, por el suelo y sobre las mesas, figuraban, dispuestos en artístico desorden, los brocados y los tapices suntuosísimos, las preciosas porcelanas, los idolillos de barro y de marfil, las armas y armaduras, los muebles y caprichos, y en el centro, guardada por cuatro cipayos y un oficial, la vitrina de las joyas, el ostentoso tesoro. Sobre el matiz oscuro del terciopelo resaltaban esplendorosos collares, anillos, cadenas, perlas sueltas, puñales con el puño engastado de brillantes, broches, condecoraciones, piedras sin tallar; y en el centro, destacando sobre un pliegue del terciopelo drapeado, el *Zenit*, el famoso diamante de

(Continuará en el próximo número)



COLORÍN y su PANDILLA





(Continuación)

—¡Es un cohete!—clamó Serrano, cayendo de rodillas.

—¡Sí, han visto las fogatas y responden a nuestras señales!—gritó su compañero.

—Hay que responderles, para que no crean que somos salvajes.

Con los últimos haces de algas formaron una cruz, que incendiaron después. Los de la nave respondieron con un segundo cohete, y a poco un cañonazo retumbó sordamente sobre las aguas.

La noche transcurrió en un ansia inenarrable para los dos desgraciados.

Finalmente, hacia las tres de la mañana levantóse una brisa fresca, y el punto luminoso avanzó lentamente hacia la isla.

A los primeros albores del nuevo día distinguieron los náufragos una carabela, con las candidas velas desplegadas al viento, bordeando a media milla del islote.

Los del barco botaron al agua una chalupa, y diez marineros, al mando de un oficial, se acercaron a la playa.

Al verse frente a los dos náufragos, los tomaron por salvajes.

Y, en efecto, no otra cosa parecían los infortunados. Tenían los cabellos largos, enmarañada la barba, cubiertos de vello los miembros y el pecho, y ennegrecida la piel.

La nave que los recogió volvía a España.

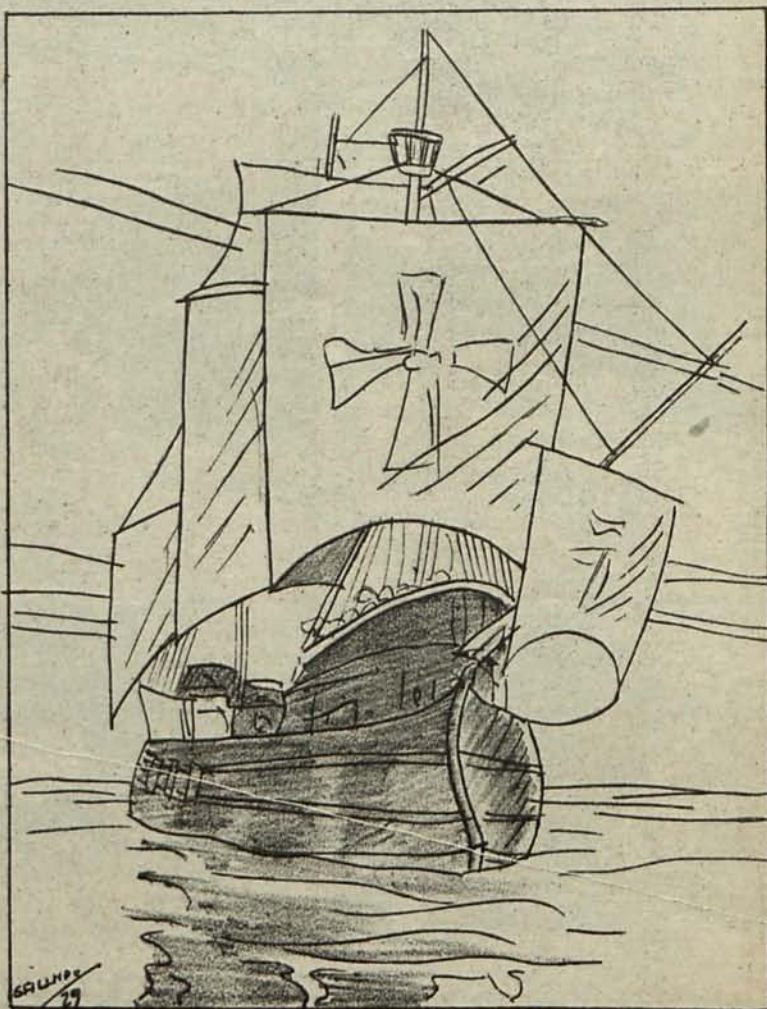
Durante el trayecto, Serrano perdió al compañero que con él había compartido tantos años de miserias, y apenas desembarcado en España se vió obligado, para vivir, a presentarse en público semidesnudo, fingiéndose un salvaje de los bosques americanos.

Uno de los cortesanos de Carlos V, al enterarse de la historia del náufrago, habló de él al soberano.

Así pudo alcanzar Serrano la merced de

ser presentado al Emperador, quien, compadecido del pobre marinero y conmovido por sus desgracias, le otorgó una pensión, si bien había de serle pagada en Panamá.

Serrano, dichoso de pensar que sus peregrinaciones habían terminado, embarcóse para ir a recoger la pensión, y murió en los parajes de la isla de Cuba, a la vista de su escollo, sin haber podido gozar ni de un solo real de la imperial merced.—FIN.





Entre los hielos del Polo Artico.

por
E. Salgarí

—¿Sabe usted lo que es una morsa?
—me preguntó una noche Roskoff, el

famoso cazador de lobos.

—Sí—contesté—es un anfibio que habita los mares polares y se asemeja algo a la foca, de cuatro y hasta cinco metros de largo, con una sección de dos o tres hileras de dientes, y que pesa un millar de kilogramos. Tienen el hocico corto y ancho, la boca grande, con unos colmillos enormes que a menudo alcanzan la longitud de noventa centímetros de un marfil finísimo y muy buscado.

—Muy bien—contestó Roskoff, satisfecho por aquella sumaria descripción—¿Sabe usted por qué se les persiguen encarnizadamente?

—Para despojarles de la piel y obtener aceite de su grasa.

—Muy bien dicho; pero ahora le diré a usted algo más.

Y después de dar unas cuantas chupadas a la pipa, Roskoff prosiguió de esta manera:

—Hubo un tiempo en que las morsas eran numerosas en todas las playas siberianas y hasta en las costas de Europa septentrional.

En ciertas islas polares había tantas que en un solo día se lograba matar hasta un millar de ellas.

Estos anfibios tienen hábitos curiosísimos. Al empezar la primavera, reúnen en ciertas rinconadas de las playas, permaneciendo allí varios meses, formando verdaderos campamentos divididos en secciones. Cada familia tiene señalado un sector y ninguna trata de invadir el espacio reservado a las demás.

Si alguno de sus individuos lo hiciese, el jefe de la familia no tardaría en saltarle encima, trabándose entonces encarnizados combates.

Los cazadores de morsas esperan precisamente esta época para causar estragos entre aquellos pobres anfibios.

Al descubrir uno de aquellos grandes campamentos, desembarcan los marineros y empiezan la matanza, sirviéndose de mazas de hierro.

Cuando las morsas están en el agua pueden resultar peligrosísimas, por ser muy ágiles, de modo que muchas embarcaciones han sido volcadas y sus marineros no han escapado a la muerte; y en cambio cuando se encuentran en tierra se mueven torpemente y se dejan matar casi sin defenderse.

(Continuará en el próximo número).





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿PERO YA SE VA USTED?
VUELVO EN SEGUIDA. VOY A COMPRARME UN TRAJE DE CORREDOR PARA TOMAR PARTE EN LAS CARRERAS PEDESTRES DE MAÑANA



VENGA USTED PARA ACÁ, HOMBRE! ¿QUE GANAS TIENE DE TIRAR EL DINERO! COMPRESE UNA PLUMA ESTILOGRÁFICA QUE ES MUCHO MAS PRACTICA



PUES MIRA, NO HABÍA CAIDO YO EN ESO. ¿QUE BUENO ES TENER AL LADO PERSONAS QUE LE ACONSEJEN A UNO!



YO CREO QUE DEBEMOS COMPRAR UNA DE ESAS ESTILOGRÁFICAS QUE ESCRIBEN SIN FALTAS DE ORTOGRAFÍA



A MÍME ES IGUAL. YO ESCRIBO LOS PALOTES SIN UNA Falta

OYE, NIÑO, ESTA PLUMA NO ESCRIBE NI A TRES TIRONES

AGÍTELA ANTES DE USARLA Y YA VERÁ COMO SALE LA TINTA



NI POR ESAS QUIERE ESCRIBIR. TOMA, SACÚDILA TÚ, CURRINCHE A VER SI TE HACE MAS CASO



FÍJESE CON QUE SUAVIDAD MANEJA UN SERVIDOR ESTAS PLUMAS ¿VE? ¡ZIS!... ¡ZAS!... ¡ZIS!... ¡ZAS!... Y ASÍ SUCESIVAMENTE



¡ZIS!... ¡ZAS!... ¡ZIS!... ¡ZAS! ¡ZIS!... ¡ZAS!



¡NI POR ESAS! ¡YO CREO QUE ESTA PLUMA ES ANALFABETA! ¡LA POBRE NO SABE ESCRIBIR!



PUES COMO MI MAESTRO LE DÉ UNOS COSCORRONES APRENDE EN CUATRO DIAS

A simple line drawing of a young boy with curly hair, wearing a red shirt with blue horizontal stripes. He is leaning over and petting a white cat with black spots on its back. The cat is looking towards the left. The background is plain white.

A cartoon illustration of a young boy with curly blonde hair, wearing a red dress and dark shoes, walking a white cat with black spots. The boy is holding the cat's collar. They are walking on a brown ground against a plain, light-colored background.

A simple line drawing of a young girl with blonde hair, wearing a red dress and dark shoes, walking a white dog on a leash. The dog is on the right, and the girl is on the left, holding the leash. They are walking on a light-colored ground. The background is a plain, light-colored wall.

A cartoon illustration by Harold Gray. It depicts a man with blonde hair, wearing glasses and a red vest over a light blue shirt, standing and looking towards a small, white, fluffy dog. The dog is on a leash and is looking back at the man. In the background, there are two white, puffy clouds. A bright red laser beam originates from the right side of the frame and passes through the clouds. The signature 'HAROLD GRAY' is visible in the bottom right corner of the illustration.



CUENTOS DE CALLEJA

HURACÁN CON RATAPLÁN

Casillo



ROSA y Paquito eran dos hermanitos hermosos como las más finas muñecas que venden en las tiendas de juguetes.

Cierto día en que, según costumbre, se dirigían al bosque, encontraron en el camino a un pobre anciano con las piernas y los brazos sujetos por fuertes ligaduras.

Estaba colocado entre varios árboles, y, ¡oh prodigio!, las ramas de éstos bajaban y subían alternativamente, descargando en el prisionero golpes crueles.

—Dejadme—gritaba el viejo—, que no lo he podido remediar.

—¡Duro, duro!—gritaban las hojas de los árboles—: ahora, que es nuestro, ¡duro hasta que muera!

—A nosotros no nos has podido tronchar—gritaban unas cañas—, pero ¡toma por la intención!

Acercáronse los muchachos, y, apenas los divisó el apaleado, gritó con todas sus fuerzas:

—Socorredme, hijos míos, y nunca os pesará.

Paquito se acercó valientemente y les dijo a los árboles:

—¿Por qué pegáis a este infeliz?

—¡Déjale!—contestaron—; ahí donde le ves, es más malo que la quina, y nos ha hecho mucho daño. Es el huracán, y ya nos lleva tronchadas muchas ramas, y a poco nos arranca de cuajo.

—Di que no quise hacerles mal. Socórreme, y seré tu amigo.

Paquito llamó a Rosa, y entre los dos arrastraron al viejo fuera del alcance de los árboles, que seguían gritando:

—Déjale, que te pesará.

Los niños no hicieron caso, y, una vez el viejo fuera del sitio del vapuleo, le desataron con mucho trabajo las ligaduras, y el huracán se puso en pie de un salto.

—Muchachos—exclamó—, me habéis librado la vida, y quiero demostraros mi gratitud. Yo no soy rico, ni tengo juguetes como los Reyes Magos; pero si alguna vez os encontráis en un apuro, no tenéis más que decir:

Amigo Huracán.

Ven con el rataplán.

Y, al decir esto, se desvaneció, convirtiéndose en un viento muy fuerte.

Volviéronse a casa muy preocupados los pequeñuelos, sin saber qué pensar de aquel amiguito que les había salido cuando, ya cerca del pueblo, tropezaron con un gigante que corría dando terribles zancadas, y llevando en sus brazos a un niño que lloraba.

Detrás iban corriendo los padres del muchacho, dando voces al gigante para que se detuviera; pero éste, con aquellas enormes zancadas que daba, se perdió de vista.

Llegaron los perseguidores al sitio en que se hallaba Rosa y Paquito, y les preguntaron si habían visto al gigante que se llevaba su hijo. Contestáronle que sí, e indicaron el punto por el cual le habían visto internarse en el bosque.

—Vamos a buscarle—gritó el indignado padre—; y, donde le encuentre, o me devuelve a mi hijo o me tendrá que matar.

Conmovidos Rosa y Paquito, se ofrecieron a buscar al pobre Eduardo, que así se llamaba el niño robado. Aceptó el padre, y todos se pusieron en camino hasta que,

cansados, se acostaron al pie de un árbol.

Al levantarse encontraron cerrados todos los senderos por un entretrejo de ramas que no era posible atravesar.

—No se apure usted—dijo Paquito al padre de Eduardo—, yo sé cómo abrirme paso. Voy a subirme a este alcornoque para ver dónde se alberga el gigante.

Subió al árbol, y cuando iba llegando a las últimas ramas, éstas se bajaron de modo que no pudiera dominar con la vista a su alrededor.

—Mira—dijo Paquito—, no seas alcornoque, y estáte quieto.

—No te molestes, que no verás nada. Es un acuerdo que hemos tomado todos, y agradece que no quiero romper una de mis ramas y estrellarte contra el suelo.





En tal apuro, y no pudiendo salir por ninguna parte, llamó a su amigo Huracán:

—Amigo Huracán.

Ven con el rataplán.

En el acto apareció a su lado el viejo del día anterior, diciendo:

—Aquí me tienes; ¿qué quieres?

Paquito le contó lo que ocurría, y su deseo de alcanzar al gigante y hacerle devolver el niño.

—Alcanzarlo es fácil, pero que lo entregue es difícil ¿Sabes quién es el gigante? Pues se llama *Matasiete*, porque de un tajo de su espada degolló siete bueyes a un tiempo.

—¿Qué bárbaro! Y ¿qué va a hacer con ese pobre muchacho?

—Pues, como ya se ha comido todos los bueyes y las vacas de estos contornos, y no puede vivir sin carne fresca, coge los niños, los engorda con bellotas y se los come.

—¿Qué horror! De modo que si lo encontramos...

—Os come a vosotros también. Para conseguir tus ropósitos no hay más que un medio. Toma este canuto de caña, cárgalo con estos huesos de cereza, y, cuando veas al gigante, le apuntas a la frente, porque, si no, estás perdido. Cuando hayas hecho bien la puntería, no tienes más que soplar, y saldrán los huesos con tal fuerza, que lo dejarán ciego. Para que puedas soplar así, toma este poco de viento.

Y el anciano sopló en la boca del niño de tal modo, que hizo en sus pulmones una enorme provisión.

—Además —añadió Huracán—, para llegar adonde está *Matasiete*, ve soplando poco a poco sobre los árboles que te cierran el paso. Si te ocurre algo, llámame, y vendré con rataplán o sin él.

Pusieronse en camino los dos niños y el padre de Eduardo; y, al llegar a la entrada del sendero, que estaba cerrado por los árboles, sopló Paquito por el canuto y volaron las ramas por el aire, diciendo el muchacho:

—Dejadme el paso franco.

Así lo hicieron los árboles, y la pequeña caravana avanzó sin obstáculos ya, divisan-do a poco la enorme pluma que el gigante llevaba en el sombrero.

Caminaron entonces con mucha precaución, aproximándose al sitio donde *Matasiete* se encontraba. Ya distinguieron a través de los árboles, sus enormes bigotazos, cuando Paquito hizo señas a Ro-

sita y al padre de Eduardo de que se ocultaran entre la maleza. Avanzó el muchacho con denuesto, y, oculto también, observó.

Estaba el gigante sentado en el suelo, encendiendo una gran fogarata, y preparando un enorme asador. A poca distancia había acurrucados varios niños que lloraban, viéndose próximos a la muerte.

Paquito sacó el canuto, le cargó con huesos y apuntó.

Y, dando un soplo, lanzó los huesos, con la velocidad del rayo, sobre el gigante. El canuto hizo el ruido de un cañonazo, y *Matasiete*, dando un grito, se llevó las manos a los ojos.

—¡Ah, traidor—gritó—, que me has dejado ciego!

Y, sacando la enorme espada, se lanzó al sitio donde estaba Paquito escondido. Pero en vano golpeó a diestra y siniestra; el muchacho, ligero como una ardilla, corrió adonde estaban los otros pequeñuelos, y, desatándolos, los llevó adonde estaban Rosita y el padre de Eduardo. Inútil es

decir la alegría con que éste recibiría a su hijo, a quien ya creía no volver a abrazar.

—Ahora—dijo Paquito—, ¡a correr, que el gigante se nos viene encima!

En efecto, el ruido de los muchachos había atraído al gigante ciego, que daba sablazos a todas partes, derribando los árboles más corpulentos.

—Os voy a matar a todos—gritaba desesperado.

Tales eran las zancadas del gigante, que Paquito vió que era imposible escapar, y, ya en tal apuro, exclamó:

—Amigo Huracán.

Ven con el rataplán.

Se oyó un ruido aterrador, y presentóse el viejo.

—¿Qué quieres?—dijo.

—Que te lleves al gigante por el aire, adonde no vuelva a parecer.

—Ahora verás—dijo Huracán.

Y, convirtiéndose en una tromba marina, agarró por el cogote al gigante y se lo llevó por el aire.

Volviéronse todos al pueblo, entrando, antes que en sus casas, en la iglesia para dar gracias a Dios por haberlos salvado.

Y es que una buena acción siempre tiene recompensa.—FIN.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, mi querido Chonón.

—Salud, amigo buho. Te estaba ya esperando con impaciencia.

—Señal de que tienes gran curiosidad por que hablemos de algo.

—No te equivocas. He leído los destrozos que ha hecho una zorra en los corrales de un pueblo y en seguida me he dicho: «Ya tenemos tema para nuestra charla de hoy. En cuanto venga mi amigo el sabio buho le pongo la cuestión sobre el tapete». ¿Te parece bien el asunto?

—Eso ni se pregunta. Ya sabes que de todo se puede hablar y en todo hay algo de interés. Hasta en las cosas más simples. Pero este tema que traes hoy en cartera es de los muy interesantes.

—Me alegro mucho de haber tenido acierto. Háblame pues, de la zorra.

—Este nombre es el vulgar con que se designan las especies del género «vulpes», mamíferos del orden de las fieras y familia de las cánidas.

—Eso de cánidas me suena a algo de perro.

—Y te suena bien. Es de la misma familia que los canes o perros, pero de costumbres muy distintas.

—¿Qué más quisieran las zorras que tener los nobles instintos de los perros!

—Además se distinguen de los perros en bastantes detalles de conformación. El cráneo es más ancho y aplastado, la pupila de forma oval y un poco oblicua y su cola larga y muy poblada. Despide también muchas veces un olor pestilente, lo que no le ocurre al perro. En cambio tiene otros detalles de semejanza, como son las patas, el tronco, el hocico, y además está sujeta a las mismas enfermedades que el perro.

—¿A la rabia también?

—Con más facilidad rabia una zorra que un perro. El color de su pelo varía según el país que habitan, pues se armoniza con el tinte general de los bosques, de las breñas, de los campos y de las rocas. La zorra del desierto es amarilla arenosa; la de las estepas, leonada; la de los países polares tiene el pelo blanco o azulado en invierno y gris en verano.

—Por lo que veo es un animal que se encuentra en todas partes; lo mismo en el desierto, que en los bosques, en las rocas y en el hielo de los polos.

—Es animal que se acomoda a todos los climas y a todos los terrenos. Los ejemplares más hermosos son los del Norte; a medida que se desciende hacia el Sur los individuos son más pequeños y más débiles.

—¿Son muy grandes?

—Los ejemplares del Norte miden 75 centímetros desde el extremo del hocico al nacimiento de la cola, que tiene hasta cerca de medio metro de largo. Es un animal perfectísimo en su género. Astuta, desconfiada, reflexiva, y muy ágil. Sabe bastarse a sí misma y salir de un apuro, mejor que cualquier otro animal; merced a su astucia ninguno es para ella demasiado ligero o fuerte; ninguno le aventaja en agilidad, ni en destreza.

—Estás cantando un himno a la zorra. Yo creía que era un animal repulsivo en todos los aspectos, sin cualidad alguna digna de alabanza.

—Te estoy hablando hasta ahora de las facultades de que la Naturaleza la

ha dotado, y estas, hay que reconocer que son excepcionales. Tiene un instinto muy aguzado. Reconoce el peligro, pero no le teme; los lazos, las trampas y las armas de fuego, no bastan para darle caza; en toda situación crítica halla casi siempre un medio de escapar. A ningún animal se le caza con tanto ahínco como a ella, y, sin embargo, el hombre no ha logrado disminuir el número de individuos de su especie.

—¿En dónde vive?

—En guaridas profundas y con varias salidas, que generalmente no construye ella misma.

—¿Cómo es eso? ¿Es que contrata a algún albañil para que le construya la casa?

—Ni siquiera en eso tiene que molestarse. Su astucia y su instinto le permiten escoger la vivienda ajena que más le conviene y apropiársela.

—Por la fuerza ¿verdad?

—A veces por la fuerza y a veces por la astucia. Si el lugar que le conviene está habitado por conejos, mata a los moradores de la madriguera y la ensancha después para su uso.

—¿Y a ti te parece bien esto?

—De ningún modo. Ya sabes que soy enemigo del empleo de la fuerza para conseguir las cosas, y mucho menos en casos como este, en que el que la emplea, no está asistido de razón para ello. A mí lo que está mal no puede parecer nunca bien. Si observa que el melancólico y laborioso tejón ha practicado su guarida en un sitio que le parece favorable, procura hacerse dueño de ella, pero guardándose muy bien de hacer frente a un enemigo con el que la lucha le sería desfavorable. En este caso no utiliza la fuerza, sino la astucia, pues se coloca de centinela al lado de la guarida de aquel animal confiado y solitario, y gracias a las miasmas acres, cuyo desprendimiento determina la zorra a su antojo, obliga al tejón, cuya pulcritud es proverbial, a que abandone su retiro para ir a buscar orto. Entonces la zorra toma posesión de su nueva vivienda, en la que introduce las reformas que conviene a sus necesidades.

—Eso es un escandaloso «quitarte tú para ponerme yo» ¿no te parece?

—Nadie lo duda. La zorra caza generalmente de noche. Se nutre de todo, desde el corzo herido hasta el insecto y la oruga. Mata a las liebres y a los conejos en su madriguera, busca los nidos de las aves, y cuando la acosa el hambre saquea los gallineros, en los que penetra amparada por la oscuridad de la noche. También alcanza a nado a las aves acuáticas y en los arroyos cristalinos atrapa truchas y cangrejos. Ya ves que tiene buen diente y que nada rechaza con tal de que sea comestible.

—¿Se utiliza algo de la zorra?

—Ya lo creo. La piel es muy apreciada en el comercio y se cotiza a buenos precios. Y hagamos punto final por hoy, querido Chonón. Es ya tarde y hay que suspender la charla.

—Pues hasta otro día, mi buen buho.

—Hasta otro día, amigo Chonón.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE OCTUBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Mi vecino
M. P. Morales
10 años



Un patinador
R. Terradas



La Torre
T. Valdivieso
5 años



Retrato
Pili Moya



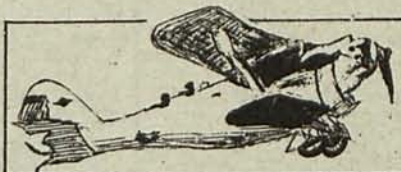
Pirula desconocida
Federico Climent



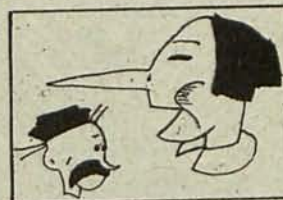
Tin por Julián Orcazarán
13 años



Mi jardinero
Rafaelito de la Rosa



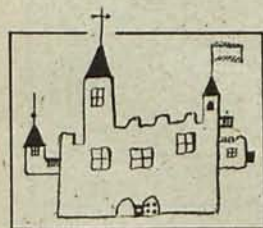
El Jesús del Gran Poder
E. Piquero



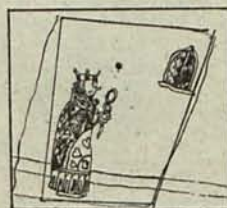
Mis amigos conversando
Sira Fernández, 8 años



Una niña blon
C. Azcárate



Un castillo.—Juan Argudín



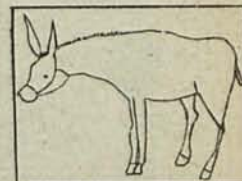
El rey de corazones
Julián Orcazarán, 13 años



Don Turu astrónomo
Milagros Romero
7 años



Currinche abandona a Don Turu
A. Estremera



Mi burro
Juan Romero, 8 años



En la peluquería
Paco Pino
8 años



Pinocho en bicicleta
Consuelito Fernández
5 años



En plena carrera
Pilar Hergueta, 10 años



El auto de mi vecino
Paquito Pérez, 8 años



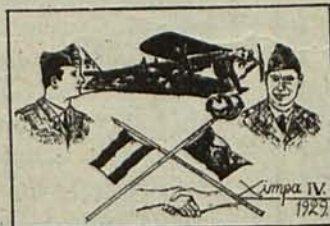
Mi caseta de baños
Antón Valcárcel



Un ramo para Pirulita
Lolita Fernández
13 años



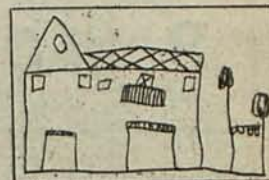
Bailaora de su tierra
Nicolás Moya



Jiménez e Iglesias vistos
por Ximpa IV



Dos chicos fumando
Gonzalo Páez
13 años

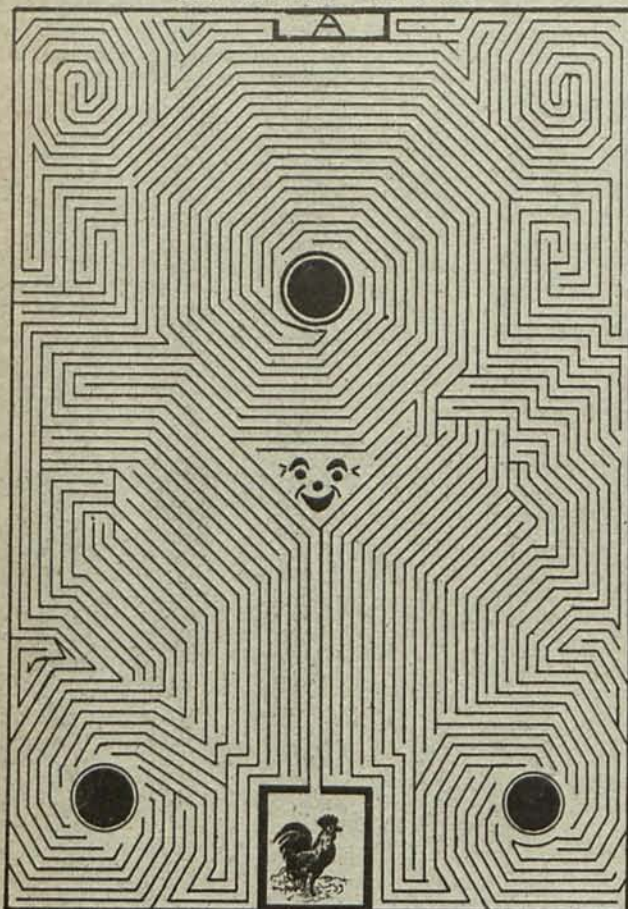


Angelín González, 6 años
Mi casa

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

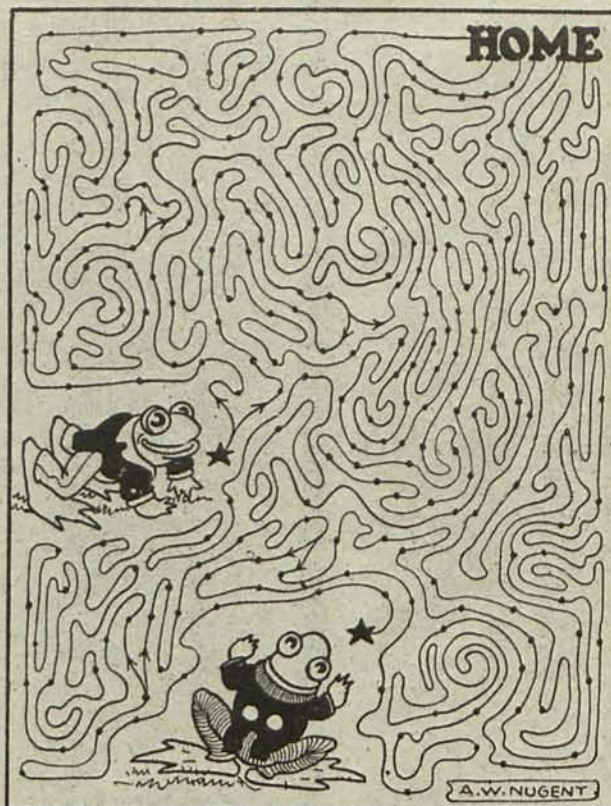
EL GALLO DE ORO



No nos referimos a la ópera de Rimsky-Korsakov, no. Tan solo se trata de llegar desde la letra A hasta el gallo, pasando por los tres círculos
¿Qué camino hay que seguir?

1	2	3	4
5	6	7	8
9	10	11	12
13	15	14	

LAS DOS RANAS



Hay que encontrar el hilo que une a estas dos ranas, pero teniendo en cuenta que este hilo atraviesa la palabra cabalística puesta en la parte superior

EL 30 DIABÓLICO

Un tenor italiano, Giuseppe di Meloni, regalaba 21.000 liras a quien colocara las cifras que veis en el adjunto cuadrado de tal forma que sumadas vertical u horizontalmente la suma fuera siempre 30, teniendo en cuenta que las dos diagonales de cuatro cifras que hay en el dibujo también tenían que sumar dicha cantidad. Nadie se llevó las 21.000 liras. ¡Da pena decirlo! Sospecho que si actualmente el tal Giuseppe hubiera dado tal premio quedaríase sin su dinero porque entre los pinochistas hay gente avezada y decidida, curtida en estas lides, y dispuesta a demostrar siempre que logra lo que se propone. ¡A demostrarlo!

LAS FOCAS



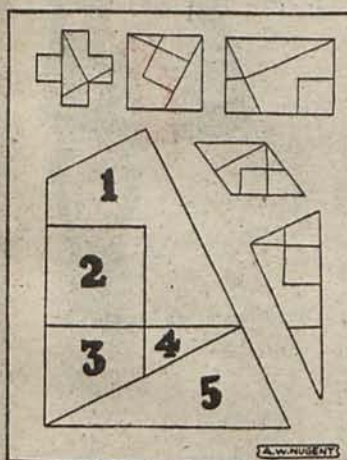
LA PALABRA MÁGICA

Solución: 3468 veces.

LOS MONOS



LA FIGURA TRÁGICA



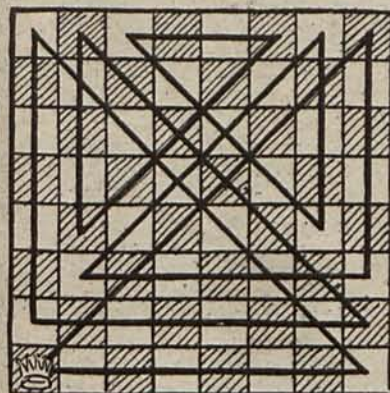
LOS INDIOS



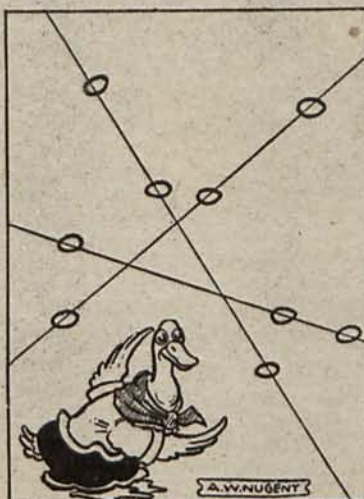
DIBUJO CON ERRORES

1. Le falta un cuerno a la vaca. — 2. Un pato tiene un espolón. — 3. Hay luna aunque es de día. — 4. Hay estrellas. — 5. El rabo de la vaca está incompleto. — 6. El gallo tiene membranas en lugar de garras.

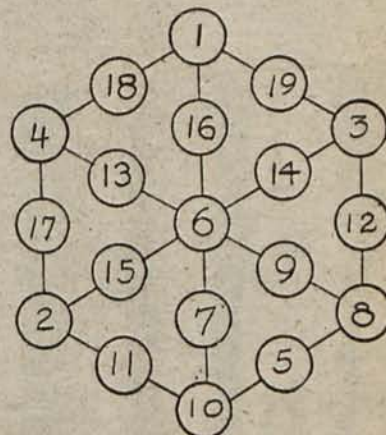
EL TABLERO EMBRUJADO



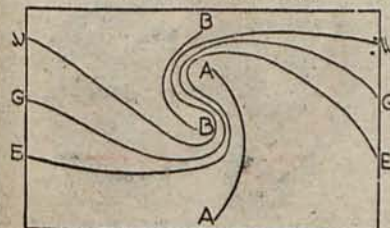
EL PATO PENSATIVO



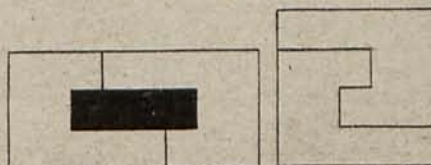
EL TIRO AL BLANCO



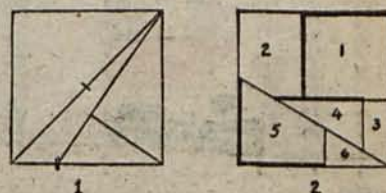
LAS CORRIENTES



EL CUADRADO FATAL



EL TAPIZ JAPONÉS



Sección Pirula

CUENTOS DE PIRULA

Las cinco avellanas de Cascabelina



Cascabelina se parecía a muchas Pirulindas; primero en que era una niña adorable, y segundo en que su nombre no era su nombre. Quiero decir que el nombre que la daba todo el mundo no era el mismo que le impuso su madrina al sacarla de pila.

Pero ni yo, ni nadie, ni ella misma recordaba que la hubieran jamás llamado más que Cascabelina; y en verdad que ningún nombre podía cuadrarle tan bien.

Efectivamente, era más alegre que un cascabel de plata; nadie la oyó jamás llorar, ni vió jamás su boquita esbozar un «puchero» de enfado.

Sus gritos, al nacer, fueron de alegría; cuando abrió sus ojos que parecían dos miosotis, paseó en torno suyo una mirada encantada; y cuando tenía hambre, su manera de pedir el biberón era lanzar una carcajada.

Así creció, siempre riendo, siempre alegre, y sin embargo no le sobraban los motivos de felicidad. Su madre murió a los pocos días de nacer ella; su padre se murió en seguida, de pena, al verse viudo. Los primeros años, unas buenas gentes se la llevaron a su casa, pero más tarde se cansaron de mantenerla y Cascabelina tuvo que irse a vivir sola a la casita miserable que le habían dejado sus padres y que se hallaba fuera del pueblo, aislada en medio del campo.

Cascabelina que era muy lista y muy mañosa había aprendido a guisar muy bien y sobre todo era una repostera estupenda capaz de darle ciento y raya a vuestra propia Pirula.

De madrugada, se instalaba ante su fogón y unas horas después se iba al pueblo a vender sus pasteles y sus bombones, sus empanadas de crema y sus bartolillos de cabello de ángel.

Su mercancía estaba tan rica que la gente se la disputaba; con el producto de la venta, Cascabelina iba viviendo, muy modestamente, claro está, pero en fin cuando se tienen quince años y se es alegre, se alimenta una bien con pan y queso y se va elegante con una saya de algodón.

Una mañana, Cascabelina se dispuso a hacer una tarta de avellanas, como esa de la cual os di la receta el domingo último y que tanto os ha gustado.

Empezó a cascar avellanas; ¡crac! ¡crac! ¡crac! ya no quedaban por cascar más que cinco, pero eran ehormes, descomunales.

Cascabelina partió la primera y ¡oh asombro!, de la cáscara surgieron dos zapatitos de cristal que dieron unas vueltas alrededor de la niña y luego huyeron por la ventana.

Riendo como una loquita, Cascabelina partió la segunda avellana; de ella surgió un lindo vestido de gasa plateada que tomó el mismo camino que los zapatos; de la tercera salió un gorrito de tul de oro; de la cuarta, una carroza microscópica, forrada de raso y tirada por cuatro saltamontes, con con un escarabajo que hacía oficio de cochero y dos mariquitas que iban en la parte trasera a guisa de lacayos.

Cascabelina, cada vez más maravillada, dudó un

instante antes de partir la quinta avellana; pero las dos cáscaras se abrieron solas y de entre ellas surgió un hombrequito del tamaño de medio dedo meñique, vestido de raso carmesí y tocado con un gorro empenachado.

El hombrequito se inclinó ante Cascabelina y dijo con voz aguda:

—Me llamo Plín; he venido a buscarte para llevarte a mi palacio que es tuyo, pues soy tu rendido esclavo.

Agitó una varita adornada de cascabeles de oro que llevaba, y al punto el vestido de gasa acudió y envolvió a la niña en sus pliegues transparentes, mientras que el gorro de tul cubría sus cabellos, dorados, y los zapatitos de cristal calzaban sus pies menudos.

El hombrequito volvió a agitar sus cascabeles y la carroza apareció ante la puerta; pero había crecido; cuatro caballos verdes reemplazaban a los saltamontes. el escarabajo se había tornado cochero de carne y hueso, y en lugar de las mariquitas había dos lacayos vestidos de seda roja con botones de terciopelo negro.

Plín hizo subir a Cascabelina, estupefacta, y la extraña carroza se elevó por los aires y a los pocos segundos, se detenía ante el palacio de Plín que era de nácar y de un tamaño adecuado a su dueño; pero al acercarse Cascabelina, los muros se elevaron y las puertas se ensancharon.

—Ya estás en tú esa—dijo Plín—cuando quieras algo no tienes más que dar tres palmadas y serás servida, en cuanto a mí, me retiro a dormir según mi costumbre; siempre que me necesites, me hallarás en el jardín.

Se inclinó ante la nueva dama; luego se metió en las cáscaras de avellana de las cuales no se había separado, y desapareció rodando.

Cascabelina tenía tanta hambre que se apresuró a dar tres palmadas y al punto apareció ante ella una mesa cubierta de viandas diversas, frutas y vinos añejos; había de todo, menos golosinas ya que, éstas, dada su calidad de repostera, no le gustaban ni poco ni mucho.

Luego de saciar su apetito, Cascabelina recorrió el palacio que era magnífico; escogió la alcoba más lujosa, se acostó en una cama de concha, entre sábanas de encajes, y se durmió hasta el día siguiente.

Para nosotros, como si no se despertara hasta una semana después que es cuando sabremos la continuación de su aventura maravillosa.

